

HERRERA ZAPIÉN, Tarsicio, *Los satíricos de la Roma imperial. Ensayos críticos y versiones rítmicas*, México, JGH Editores, 1997, 210 págs.

Asiduo estudioso de la literatura latina y de su proyección en México y en otras naciones, Tarsicio Herrera Zapién nos ofrece ahora su libro *Los satíricos de la Roma imperial*.

El libro consta de 17 capítulos, precedidos de un preámbulo y seguidos de un epílogo.

En el preámbulo nos recuerda, entre otras cosas, que fue Lucilio el inventor de la sátira y que Roma siempre consideró como más peculiarmente suyo el género satírico. Es la sátira romana, afirma el autor, un mundo cuajado de sorpresas.

Uno de los enfoques personales del autor de estos ensayos es el análisis de los valores literarios y sociales más peculiares de cada satírico romano. Pero Tarsicio Herrera hace también interesantes confrontaciones de la temática y el estilo de los satíricos romanos. Por otra parte, debo dejar asentado un mérito indiscutible: las traducciones que aquí presenta son completamente suyas. Esto es, vale la pena recalcarlo, recurrió una y otra vez a los textos originales, y no, como se hace a veces, a versiones ajenas. Es aquél el camino más seguro, cuando se trata de hacer crítica literaria en torno a poetas latinos. El número de hexámetros, por él traducidos, llega casi al millar. El lector podrá cotejar las traducciones con los textos originales, pues éstos aparecen en notas al pie de página.

En el capítulo primero, nos presenta un panorama de la sátira romana. Allí figuran los nombres de Ennio, Lucilio y Varrón, como precursores de la misma; Horacio en el fiel de la balanza; la sátira sarcástica de Séneca; el oscuro Persio; el caudaloso Juvenal, y Marcial, satírico en miniatura, temas que luego son ampliamente desarrollados.

En los tres capítulos siguientes aborda, siempre con profundidad y brillantez, varios tópicos sobre Horacio; por ejemplo, su maestría estilística, que se manifiesta ya desde sus juveniles sátiras, donde T. Herrera

descubrió un medio centenar de aforismos, de los cuales nos presenta los más importantes, agrupándolos por temas.

En la sátira 2 del libro II, Horacio, aludiendo a la antigua austeridad romana, afirma que es virtud saber vivir con poco (*vivere parvo*); que el placer de comer no está en los costosos manjares, sino en el hambre, la cual se adquiere con el ejercicio físico. Pues bien, entre los aforismos agrupados bajo el título “Llamados a la ecuanimidad”, encontramos, entresacado de la sátira mencionada, el siguiente: “un pan con sal / bien calmará tu estómago que ladra” (*cum sale panis / latrantem stomachum bene laniet*: II, 2, 17-18), y también éste: “El más alto deleite no se halla / en el olor caro, sino en ti mismo” (*non in caro nidore voluptas / summa sed in te ipso est*: II, 2, 19-20).

Por cierto, un pensamiento idéntico al de Horacio, lo encontramos en el libro V de las *Tusculanas* de Cicerón (cfr. *Tusc.*, V, 34, 97 ss). Allí el gran orador romano afirma que la naturaleza se contenta con un modesto sustento (*parvo cultu natura contenta est*) y que el mejor condimento está en el apetito, y no en los manjares suntuosos. Cicerón escribió ese tratado, aproximadamente, cinco años antes de que Horacio iniciara la composición de sus sátiras.

Otra bella sentencia de Horacio, también sobre la ecuanimidad, es: “Hay una medida en las cosas, hay en fin límites ciertos / de los que más allá o más acá, no puede hallarse lo recto” (*Est modus in rebus, sunt certi denique fines / quos ultra citraque nescit consistere rectum*: I, 1, 106).

Es de notar la precisión de la versión herreriana, cosa que se logra con el estudio y ejercitación asidua, o, como aconseja Horacio: “Voltea a menudo el punzón, a fin de escribir cosas que sean / dignas de leerse otra vez (*Saepe stilum vertas, iterum quae digna legi sint / scripturus*: I, 10, 72-73).

Por otra parte, Horacio previó los escollos de Persio, de Persio el oscuro. En efecto, nos dice el ensayista mexicano, “ya desde joven Horacio había escrito en su sátira I, 10, como previendo los defectos del estilo de Persio: “Hace falta brevedad, para que la sentencia discurra / y no se enrede en palabras que agobien a orejas cansadas, / y hace falta un estilo a veces serio, más veces jocosos..., / ... que reserve sus fuerzas y a propósito las atenúe”. Persio imita a Horacio, pero no en la forma de escribir. De Allí que el capítulo VII lleve por título “Persio, un Horacio envesado”.

En ese capítulo encontramos el subtítulo “El mayor mosaico horaciano de Persio”, que me permito resumir, por parecerme de interés.

En su oda I, 4, 16, Horacio afirma: *Iam te premet nox fabulaeque Manes*: “Te oprimirá la noche y Manes míticos”, y en la oda I, 11, 6-8:

*Sapias, vina liques, et spatio brevi
spem longam reseces. Dum loquimur, fugerit invida
aetas. Carpe diem, quam minimum credula postero.*

Sabia sé; filtra vinos y a un breve espacio
pliega amplia espera. Mientras hablamos, huye el tiempo ívido.
Tú atrapa el día, creyendo el mínimo en el siguiente.

Persio (V, 151-153) hace una paráfrasis de estos versos de Horacio:

*Indulge genio, carpamus dulcia, nostrum est
quod vivis; cinis et Manes et fabula fies;
vive memor leti, fugit hora, hoc quod loquor inde est.*

Complace a tu genio, lo dulce atrapemos, nos pertenece
lo que se vive; te harás ceniza y Manes y fábula;
vive recordando la muerte; la hora huye; de ahí es cuanto hablo.

En las páginas dedicadas a Juvenal, hallamos un buen número de interesantes aforismos, tales como éstos: “Mente sana en cuerpo sano” (*Mens sana in corpore sano*, X, 356); “La máxima reverencia se debe al niño” (*Maxima reverentia debetur puero*, XIV, 47); “Aunque viejas estatuas adornen doquiera tus atrios / enteros, la virtud es la única y sola nobleza” (*Tota licet veteres exornent undique cerae / atria, nobilitas sola est atque unica virtus*, VIII, 19-20).

A propósito de Juvenal, otro de los grandes satíricos de la Roma imperial, encontramos una sección sobre sus antítesis espectaculares. A T. Herrera le parece la más espectacular la que descubrió en la sátira XVI, sobre los avaros. En ella Juvenal nos presenta a Alejandro Magno cuando reconoce la superioridad de Diógenes el Cínico, que nada ambicionaba, sobre el propio Alejandro, que aspiraba a dominar todo el orbe:

*Sensit Alexander, testa cum vidit in illa
magnum habitatorem, quanto felicior hic qui
nil cuperet quam qui totum sibi posceret orbem
passurus gestis aequanda pericula rebus.*

Comprendió Alejandro, cuando en aquel tonel contempló
a su magno habitante, cuánto más feliz es quien nada
codicia, que quien reclama para sí todo el orbe,
y va a sufrir riesgos comparables a las gestas cumplidas:

XIV, 311-314

En las *Tusculanas* hallamos algo similar a esto. Cuenta Cicerón (cfr. *Tusc.*, V, 32, 92) que, hallándose Diógenes tomando el sol, Alejandro Magno se acercó y se le puso por delante y le preguntó si necesitaba algo. Diógenes respondió: sí necesito algo, que te apartes un poco del sol.

Con la misma brillantez y profundidad trata T. Herrera las partes dedicadas a Séneca y a Marcial. Valga lo dicho hasta aquí para que se vean los valores que encierra este interesante libro, digno de la más amplia recomendación.

Julio PIMENTEL ÁLVAREZ